

---

---

PERJUICIOS QUE CAUSA

# EL PROTECCIONISMO

Á LAS CLASES OBRERAS,

POR

**D. Segismundo Moret y Prendergast.**

---

Señores :

Al ocupar hoy por vez primera este sitio, verdadera cátedra de la ciencia, embargaría mi voz el temor y el respeto, si no me diese confianza y fuerza el deseo de defender la causa que sostengo. Y á la verdad que bajo ningun aspecto pudiéramos estudiar con mayor interés la libertad de comercio, que bajo el de sus relaciones con las clases obreras. Estas clases á quienes se suele llamar desheredadas de las ventajas de la civilización, son la constante preocupacion de cuantos consagran su atencion al estudio de los problemas sociales : en ellas piensa el político cuando prepara los actos de gobierno, que han de acreditar el nombre de los partidos y la gloria de las instituciones : ellas figuran siempre que se trata de las reformas sociales ; en sus miserias y desgracias piensa la caridad, que busca con incesante afan su alivio y su consuelo ; su recuerdo cruza como constante remordimiento por la mente del historiador, y en fin, en política, en Economía, en todo estudio, las clases obreras son constantemente motivo de preocupacion, y como la piedra de toque don-

de se ensayan todas las soluciones y se contrastan todas las teorías. Justo es, pues, que nosotros, los defensores de un sistema que parece nuevo á los que no ven más que la superficie de las cosas, pero que es tan antiguo como la verdad, acudamos á ese terreno, y retando á él á los proteccionistas, veamos si han cumplido alguna de sus promesas y examinemos las esperanzas que á esas clases ofrecen: ideas ambas que se reunen en el tema de esta conferencia, ó sea en los perjuicios que produce á la clase obrera el sistema llamado protector.

Y no os extrañe, señores, el que tan delicada cuestion haya sido fiada á quien tan débiles fuerzas cuenta, porque si sus palabras carecen de autoridad, en cambio será más espontánea y sincera la conviccion que logre llevar á vuestro ánimo.

Entrando ya en el terreno de la cuestion, empezaré por disipar una preocupacion que reina en esta materia y que embarazaria la marcha de nuestro raciocinio, preocupacion cuyo influjo todos hemos sentido alguna vez. Me refiero á la manera de considerar las clases obreras, que han generalizado las escuelas socialistas, pues deseando sin dudá atraer la atencion pública hácia sus doctrinas, han mostrado sin igual empeño en ennegrecer el cuadro que de la sociedad trazaban, y en presentar á las clases inferiores como víctimas de supuestos monopolios, como parias en medio de nuestra brillante sociedad, cual si la civilizacion, á manera de las bárbaras deidades de la India, se dirigiera hácia su templo por encima de víctimas humanas. Semejante modo de discurrir, á más de su inexactitud, es profundamente injusto para con los adelantos de la época, y envuelve como una duda y desconfianza de la gran ley del progreso. Debemos pues destruirlo, arrancar ese gérmen de escepticismo que embarazaria nuestro camino; y á la verdad que para hacerlo basta dirigir la mirada hácia pasados siglos y comparar el estado que entonces alcanzaban las clases obreras con el que hoy tienen.

Antes su casa era una pobre mezquina vivienda, falta de luz y de aire, donde sus individuos, hacinados, pasaban sus tristes días, peor que el animal en el establo; su inteligencia, falta de instruccion, no podia abrirse nunca al sol de la ciencia, y su corazon no podia exhalar una queja, porque no habia quien le escuchara ni le oyese; apenas disponia de unos cuantos harapos

para cubrir su desnudez, de un poco de negro pan de maíz para acallar su hambre; á cada instante alzábase ante su vista el castillo del opulento señor, ó la lujosa comitiva que, cubierta de recamadas telas ó brillantes armas, desfilaba delante de su morada, cubriendo de polvo su cuerpo y de desprecio su alma; apegado en su aldea, apenas sabia lo que era de sus hijos que partieran para la guerra, ó vivían en el país vecino, y todavía por si le fuese agradable aquella vida de disgustos y de miseria, se veía á cada momento amenazado por la epidemia, ó por la guerra, sin que encontrase ni un auxilio contra la muerte, ni un amparo contra la tiranía.

Hoy la casa del obrero es semejante á la del rico; el papel adorna sus paredes y la luz penetra á través de trasparente cristal, que sorprendería á un príncipe de otras épocas; la industria ha puesto á su disposición multitud de productos de todo género, y con ellos viste su cuerpo de un traje que en el exterior en nada se diferencia del que poseen las otras clases, y en el interior le ofrece garantía contra la enfermedad y facilidad de aseo; su pobre mezquina aldea se ha convertido en magnífica ciudad, donde el gas reemplaza á la luz del sol, donde hay siempre quien cuide de que la planta de su pié no se lastime; si quiere trasladarse de un punto á otro, la locomotora le espera para realizar su deseo con pasmosa prontitud; si sus hijos marchan de su lado, un mensajero misterioso le traerá todos los días su recuerdo y su cariño encerrado en un pequeño pedazo de papel; la civilización le ofrece escuelas donde aprender, libros baratos que leer, y hace brillar ante sus ojos la luz de la ciencia que ilumina su razón; si sufre, mil pensadores se ocupan de remediar sus males; si se olvidan sus derechos, hay quien combate por ellos, y hasta si una queja se exhala de su alma, la humanidad se encuentra dispuesta á escucharla y á compartir con él su pena; que hoy nadie es extraño ya al dolor de sus hermanos, ni hay un solo hombre que no esté enlazado con toda la humanidad. (*Estrepitosos aplausos.*)

Ved pues, con cuánta justicia rechazaba á nombre de nuestra época tan supuesta acusación, y con cuánto derecho os decía que la ley del progreso, como el manto de los cielos, protege á todos los hombres y no olvida á ninguna clase.

Rectificado, pues, aquel equivocado concepto, nos encontramos ya frente á frente del problema planteado, y viendo el estado de las clases obreras, examinando su marcha y desarrollo progresivo que las lleva á participar del bienestar que cada día se aumenta en la sociedad, podemos preguntarnos qué obstáculos se oponen todavía á esta marcha y estudiar si la protección debe figurar entre ellos. Que para proceder con acuerdo, olvidemos por un momento que hablamos del proteccionismo y libertad, y estudiando en sí mismo el problema que el tema encierra, podremos preguntarnos despues de qué manera lo resuelven los dos sistemas que aquí luchan.

Si dirigimos una mirada á todos aquellos que viven con el sudor de su frente y el esfuerzo de sus facultades, pronto nos convencerémos de que el único elemento de que disponen, el que á un tiempo constituye su presente y su porvenir, es el trabajo; ellos no manejan otras armas que las del trabajo, y en lucha siempre con la inerte materia, ostentan con orgullo las señales de su incesante esfuerzo, como el guerrero las nobles huellas que trazó en su cuerpo el paso de la guerra. (*Aplausos.*) Sólo, pues, de su trabajo viven, y en este estado, sus aspiraciones se dirigen hácia consolidarlo y garantizarlo. Trabajo constante, seguridad en el empleo de sus esfuerzos y aumento de la retribucion que por ellos perciben, hé aquí el cuadro de las aspiraciones de las clases obreras que en su modesta esfera realizan sin embargo las grandes maravillas de la industria moderna.

Ahora bien, ¿qué ley dirige estos pormenores? Paremos la atencion un momento en cada uno de ellos.—El trabajo, redencion del hombre, esfuerzo con el cual vive y domina á la ingrata materia, transformando la árida vertiente en ameno vergel, el caudaloso y turbulento rio en tranquilo canal, el desierto en populosa ciudad, el mal en bien, ese coloso dado por Dios á la humanidad como medio de verdadero rescate y de futuro engrandecimiento, no puede sin embargo vivir solo; su enérgico poder, si fuese aislado, quedaria reducido á la impotencia. El trabajo necesita del capital; sin ese auxilio nada puede: sin máquinas para aumentar su esfuerzo, sin provisiones para resistir la adversidad, sin primeras materias que se presenten á su actividad como constante ocasion de nuevos esfuerzos, sin inte-

ligencia, en fin, para llevar la mejor parte en la lucha, el hombre seria semejante al africano, que ahonda con las uñas un canal por donde nunca correrán las aguas. (*Aprobacion.*) Hay por tanto una ley suprema de armonía que une estos dos agentes de la producción, el capital y el trabajo, y es que ambos son tan necesarios, que la industria sin capital es la estatua caída de su pedestal, y el capital sin trabajo que le fecunde, es el pedestal que aguarda la estatua que explique su existencia. (*Aplausos.*) Por eso la época del trabajo solo y aislado es siempre la época primitiva de los pueblos, en que la caza y la pesca ocupan toda su vida, y la época de la formación de los capitales se señala con el desarrollo del comercio y de la industria. Y de aquí se deduce que la primera necesidad, la más esencial para las clases que del trabajo viven, es la multiplicación de los capitales; por eso, cuando una causa cualquiera disminuye ó hace perecer los capitales, las clases trabajadoras sufren y perecen; la pérdida de una cosecha trae la carestía y aumenta la mortalidad; la guerra produce las crisis industriales, y las revoluciones lanzan al ocioso obrero desde el taller á la plaza pública. (*Aprobacion.*) Por tanto, si un sistema cualquiera pretende ganarse el afecto de las clases obreras, si quiere á un tiempo cumplir con la misión de la ciencia y con las exigencias de la opinión, es preciso que pruebe lo que hace por el trabajo, y que demuestre cómo sabe fomentar los capitales.

Pronto veremos si el proteccionismo satisface á estas condiciones.

Mas no es el trabajo la única aspiración de estas clases, ni por sí solo bastaria á satisfacer las necesidades del obrero, si este trabajo no fuese constante y cierto, si no fuese en fin seguro. De poco sirven las pingües ganancias si sólo duran un día; y si la hora de la prosperidad precede á la de la desgracia; cuando esto sucede, la fortuna sólo sirve para hacer más sombría la adversidad. Por eso en todas las clases de la sociedad, podemos observar con cuánta precisión, con cuánto celo procuran estar preparados para resistir los azares de la suerte, de esa ciega deidad que viene á destruir los planes mejor fundados y las ilusiones más bellas. El azar, la casualidad, hé ahí el gran enemigo de los hombres; una enfermedad que detiene con ma-

no de hierro nuestra actividad; un incendio que destruye entre sus rojas llamas los productos por largo tiempo atesorados con incansable constancia; una quiebra, llevándose los ahorros de una familia; una crisis, exponiendo á perecer toda una clase; todo eso, en fin, que llamamos desgracia, es el verdadero elemento del mal, con el cual lucha constantemente el hombre. (*Aprobacion.*) Y para la clase obrera, para toda esa inmensa masa de familias que sólo cuentan con un salario que apenas alcanza á las necesidades del día; para esa clase que no puede mirar al porvenir porque no puede casi separar la vista del presente, para esas familias, la falta de seguridad los hiere en el corazón, y los hace alejarse de un mundo del cual sólo conocieron el dolor y las lágrimas. Las tablas de mortalidad prueban con mucha y espantosa elocuencia la triste verdad de este aserto. Y todos además hemos podido comprobarlo alguna vez, observando que las profesiones que ofrecen trabajo constante y seguro se retribuyen con más modestia que aquellas operaciones de carácter extraordinario y anormal.

Finalmente, el trabajo sería inútil, y los esfuerzos del obrero se estrellarían en la impotencia, como los convulsivos movimientos de Prometeo, si la remuneración que obtiene, si el salario no respondiera á aquellos. Para él serían mentira todos los adelantos modernos, para él estaría cerrado el templo de la civilización, que todos lentamente construimos, sin que él sea el que menos ayude, si su salario no le permitiese participar de esas ventajas. Elevación constante y progresiva de las clases obreras, aumento del bienestar moral y material para las clases necesitadas, este es el lema de toda doctrina, de toda teoría que aspire al nombre de tal. (*Aplausos.*)

Hé aquí, pues, los tres elementos, las tres bases, por decirlo así, que nuestro estudio debe abrazar, y aunque no entran en este cuadro los grandes problemas sociales y políticos que entraña el estado actual de las clases obreras, nos limitaremos á él por más que al hacerlo abandonemos con sentimiento aquellos vastos horizontes. Nuestro objeto es estudiar el proteccionismo en su relación con las clases obreras, y aunque el adversario es de por sí pequeño y poco digno de tanto esfuerzo, preciso es atacarle de frente para concluir con él cuanto antes.

El sistema protector se defiende en esta cuestion como en tantas otras, por medio del sofisma, única arma concedida al error; y á los tres puntos que hemos presentado contesta diciendo: que él proporciona abundante trabajo á la clase obrera, asegura su suerte, y en fin eleva el nivel de su salario. Yo os ofrezco demostraros que estos asertos son completamente gratuitos; porque el conseguir estas conquistas, el realizar estos adelantos, no le es permitido á un sistema que viola la libertad y la dignidad del hombre.

¿De qué modo, en efecto, puede el sistema protector aumentar el trabajo del obrero? Sus defensores no lo dicen, ni aunque lo digieran les seria fácil probarlo. Sin embargo, toda su teoría consiste en presentar el célebre argumento de las fuerzas productoras, y en suponer que con el solo auxilio de la aduana se crean grandes capitales que desarrollan la industria y que ofrecen constante trabajo á multitud de obreros. Las clases industriales deben pues estar reconocidas al fabricante que les vende un género un poco más malo y bastante más caro del que podrían adquirir en otra parte, pero que en cambio les devuelve en forma de salario la misma cantidad que antes les exigia. Y no paran aquí las consecuencias de este pequeño esfuerzo, porque el país percibe inmensas ventajas de esa creacion de capitales que difunden por todas partes la luz y la prosperidad.

No se necesita en verdad grande esfuerzo para destruir este castillo de naipes: las mismas palabras de los proteccionistas están de mostrando el vicio del raciocinio que emplean. Ellos en efecto, exigen la mediacion de la aduana para obligar á los consumidores á comprar un producto nacional, que de otro modo no pospondrian al extranjero, y por consiguiente la fuerza productora que crean, es á costa de los esfuerzos que han hecho y los sacrificios que se han impuesto todos los individuos de la nacion protegida: la fuerza productora tan decantada no es pues, más que la suma de una porcion de fuerzas individuales, arrancadas violentamente: sus capitales son aglomeraciones de otros pequeñísimos capitales, pero la nacion no es más rica porque su fortuna esté repartida entre pocas ó muchas manos. Ese fenómeno de distribución buccion forzosa no representa por sí solo un aumento de capital. Pero en cambio representa una pérdida real y efectiva, en lo

cual convienen los mismos proteccionistas cuando acuden á hablarnos de las ventajas futuras de la proteccion , sin duda para consolarnos de las desgracias presentes. Y esta pérdida consiste en la diferencia que hay entre los precios de los objetos extranjeros y el del producto nacional, toda vez que si no se obligase á los consumidores á hacer este sacrificio, podrán comprar con su importe otros objetos y aumentar su bienestar. En el mero hecho de no poder hacerlo así, pierden una parte de la fortuna , y es como si se quedasen pobres con una cantidad igual á aquella diferencia. Léjos pues de existir una ganancia, hay sólo una disminucion , una pérdida de capital social , y por consiguiente un verdadero perjuicio á las clases obreras que viven de ese capital y que á su sombra se mantienen. (*Aprobacion.*)

Y todavía , siguiendo hasta el último atrincheramiento á nuestros adversarios, podriamos preguntarles ¿qué ventajas son esas que para el porvenir predicen? ¿Qué beneficios son esos que tocarémos un día , despues de tantos años de esfuerzos y sacrificios? Y tendrémos además el derecho de exigirles la demostracion de ese vaticinio; y á la verdad que debe ser muy curiosa, porque ha de ofrecer novedad demostrar que la disminucion anual de los capitales conduce á su engrandecimiento , y que la pérdida de la fortuna lleva como por la mano á la riqueza y al bienestar ; proposiciones tan absurdas y tan imposibles de probar, como decir que la debilidad conduce á la robustez y el crimen á la virtud. (*Aplausos.*) No, el proteccionismo no conduce á otra cosa que al estancamiento y á la muerte de la industria, porque á manera de excesivo peso que se arroja sobre el viajero, dificulta su marcha si lo soporta , ó sucumbe bajo él si no resiste.

Y si estas pruebas no bastan , nosotros podriamos volver la vista á la historia de nuestra España, y comparando su floreciente industria del siglo xv con la de épocas posteriores, preguntar al sistema y decirle: ¿qué has hecho de nuestra agricultura? ¿qué de nuestra lozana industria de la ganaderia? ¿qué fué de las fábricas de lanas y de paños? ¡Ah! todas perecieron entre sus manos, y hoy , en nuestro siglo , gracias al desarrollo de la vida nacional y al pálido reflejo de libertad que ha venido á iluminar el oscuro sendero que seguíamos , se empiezan á levantar

esas industrias, aunque con lánguida vida: el proteccionismo, como la sombra de ciertos bosques del Africa central, adormece y mata cuanto cobija su sombra. (*Estrepitosos aplausos.*)

Las clases obreras son, por tanto, víctimas de su influencia; y su trabajo, es decir, su vida, se debilita y extingue entre los halagos de este engañoso sistema: la disminucion del capital es la muerte del salario.

No es más feliz el sistema protector cuando enfrente de la segunda dificultad intenta con un supremo esfuerzo demostrar que él sabe, que él consigue dar seguridad á la clase trabajadora. Para ello invoca el gastado argumento de los males de la concurrencia, y declamando sobre las ventajas de la vida tranquila y pacífica, echa en cara á los economistas los perjuicios que las crisis industriales producen á las clases obreras. Pero el efecto de sus palabras desaparece tan pronto como se piensa en que la paz y el sosiego que predica no es otra cosa que la inmovilidad de la muerte. No, el remedio de las crisis industriales, la disminucion de los peligros que entraña la concurrencia no se encuentra en esas medidas raquíticas, pequeñas, que sin atreverse á luchar de frente con el peligro, se limitan á proponer remedios y paliativos que sin aliviar el mal retardan la felicidad que se busca. La concurrencia industrial y todas sus consecuencias, es ley necesaria y condicion indispensable de progreso: su desaparicion, si fuera posible, produciria el mismo efecto que la falta de los vientos en las aguas: la corrupcion, la inmovilidad. Y si este aserto es evidente, y no se atreverán los proteccionistas á negarlo, entonces es consecuencia necesaria que léjos de oponernos á su desarrollo, debemos aceptarlo y procurarlo por todos los medios posibles, seguros de obtener un triunfo indisputable. Las medidas que tiendan á disminuirla obrarán como otras tantas rémoras y obstáculos, viniendo así á producir uu efecto contrario. Y si esta marcha está sembrada de obstáculos, si como todos los progresos humanos exige de nuestra parte algun esfuerzo, en vez de renegar de esa creencia y dudar de una ley impuesta por Dios al hombre, debemos buscar de otro modo la manera de mitigar aquellos males. Y una vez hecho este raciocinio, no es difícil hallar la solucion que buscamos. En efecto, basta analizar un momento el fenómeno que

ahora estudiamos, para encontrar un consuelo y un motivo de esperanza donde los proteccionistas no aseguraban otra cosa que desesperacion y desgracias. Es verdad que la clase obrera está más expuesta que ninguna á los rigores de la suerte; cierto es que siente de un modo cruel los efectos de las crisis, pero contra esta desgracia tiene en sí una defensa, y es la ley de solidaridad. Sí, señores, esa ley, que es la gran manifestacion de las ventajas de la sociedad, está siempre obrando de una manera silenciosa y oculta, pero con poderosa energía, para mitigar las desgracias á que está sujeta nuestra pobre condicion. Ella es la que hace que todas las naciones se interesen en el bien y en el progreso de cualquiera de sus hermanas; ella es la que pone al servicio de cada uno de los hombres todos los adelantos que la humanidad ha hecho, así las conquistas morales como los adelantos materiales, desde el producto del obrero hasta la idea del sábio; ella la que establece una comunicacion directa entre las clases más necesitadas y los poderosos de la tierra, haciendo que la felicidad de los unos no pueda realizarse sin el bienestar de los otros; y ella, en fin, reflejo de la ley de fraternidad que une á los hombres, hace que cuando un pueblo ó una clase sufre y padece, toda la humanidad participe de sus dolores. (*Aplausos.*) Y viniendo las crisis industriales, ella es la única que puede mitigarlas, haciendo que todas las fuerzas industriales del mundo acudan en auxilio de los necesitados, los capitales solicitados por la ganancia, los productos por su alto precio, los obreros por el porvenir que esperan; en una palabra, cuanto existe capaz de conjurar la crisis. Por eso, si la inclemencia del tiempo agosta en flor las esperanzas del labrador inglés, los campos de Castilla, de Rusia y del Egipto se apresuran á enviarle el dorado producto de sus campos; si la guerra de los Estados-Unidos cierra aquellos mercados al comercio europeo, el atezado indio se apresura á cultivar el blanco capullo del algodón; y si el trabajo abarata multitud de industrias, se apresuran á aprovechar las buenas condiciones á que se le ofrece la mano de obra.

Y el proteccionismo ciego á la luz de estas verdades que no quiere ver, levanta una barrera entre las naciones, las aísla, rompe la ley de solidaridad y niega á los pueblos el único re-

medio, contemplando con estúpida indiferencia el hambre nacional al lado de la abundancia extranjera, la carestía enfrente de la baratura, y al pobre obrero, que tiende los desocupados brazos hácia los productos y primeras materias que el extranjero le ofrece. (*Estrepitosos aplausos.*)

Ved, pues, señores, cómo el proteccionismo lejos de remediar las crisis, es una de sus causas más activas, y la única muchas veces. Por eso la combatimos proclamando la ley de solidaridad, ley cuyo recuerdo parecerá inoportuno y ridículo á los proteccionistas, que siempre se moteja lo que no se entiende; pero que es tan grande, tan verdadera, que hasta la misma naturaleza la refleja, pues cual si no quisiera que el trabajo se interrumpiese, y que la humanidad permaneciese ociosa un momento en su lucha con la materia, hace que mientras la noche llama al descanso á los habitantes de un hemisferio, el sol se alce en los horizontes del otro, llamando á sus habitantes al trabajo y á la vida. (*Estrepitosos aplausos.*)

Pero la gran defensa, el arma fuerte de nuestros adversarios, es el argumento que hacen cuando se trata del nivel de los salarios. Suponen, y no dejan de citar algunos datos, porque sabeis que esta es su manía (*Risas*), que el proteccionismo aumenta la retribucion del obrero, aun cuando no hubiera para ello otras razones que el mismo monopolio que les echamos en cara, puesto que es sabido que una industria que realiza excesivas ganancias proporciona á sus operarios crecidos salarios. Pero al afirmar estos hechos, que yo les concedo de buen grado, olvidan que el problema nõ consiste en probar que el salario de algunos obreros crece, sino en demostrar, que el salario en general, es decir, la retribucion de todos los obreros, debe aumentar forzosamente bajo la influencia de su sistema. Y esta demostracion no la intentan, ni aunque lo hicieran conseguirian su objeto, porque en efecto, ¿qué ventajas hay para el obrero en encontrar siempre caro el precio de todos sus productos? Seguramente que si imitando á un economista francés, calculáramos aquí el presupuesto de un obrero, no podria menos de sorprendernos la excesiva cantidad de su pequeña fortuna, que lentamente se va llevando el sistema protector. El se sienta á su mesa, y se lleva una parte de sus alimentos por el precio excesivo

á que le obliga á comprarlos ; él le quita un pedazo de su pobre abrigo, algunos dias de su jornal ; y especie de vampiro que se alimenta de sangre humana, le quita algunos dias de vida y se lleva algunos de sus hijos, faltos de desarrollo y de nutrición. (*Sensacion.*)

Por eso es inútil que se empeñen en demostrarnos que pueden elevar algunos salarios, pues con la carestía que es la base de su sistema, dificultan la vida de todas las clases, y si acaso alguna vez por descuido, dejan caer algun óbolo más en el jornal del obrero, mientras lo dan con una mano, se apresuran á recogerlo con la otra en el mercado y en la tienda á donde el obrero acude. (*Aplausos.*)

La libertad posee en cambio un medio muy sencillo de aumentar el salario de las clases obreras, y consiste en abaratar todos los artículos que consumen, de manera que dentro de su mismo jornal, encuentran doble número de satisfacciones que vengan así á duplicar su riqueza.

Ved pues, señores, cómo el proteccionismo es impotente para aumentar el jornal del obrero, y cómo el libre-cambio, sin ofrecer una subida en el precio *nominal* del salario, da su aumento *real*. Y si á estas consideraciones unís la que antes tuve el honor de exponeros, cuando del aumento de trabajo hablamos, comprendereis que el libre-cambio puede á más producir la subida del salario, porque con el aumento de capitales tiende á inclinar la balanza de la oferta y la demanda del lado del trabajador. Pero es preciso no ser injustos y no negar al proteccionismo los méritos que realmente ha contraído, porque si bien es verdad que ni aumenta el trabajo, ni la seguridad, ni el bienestar, produce todos los dias víctimas y criminales. (*Sensacion y aplausos.*)

Hé aquí pues, señores, la consecuencia á que hemos llegado ; he procurado presentaros los dos sistemas, y vosotros podeis juzgar de las soluciones que ambos ofrecen. Por mi parte, yo me abandono confiado á vuestro juicio, que no es dudosa la eleccion entre el absurdo y la justicia, entre el sofisma y la verdad.

Voy pues á concluir, pero no lo haré sin contestar á las acusaciones que todos los dias nos dirigen nuestros adversarios, presentándonos como movidos por algun secreto designio. Y con gran sorpresa *suya* habré de decirles que por esta vez han acer-

tado, y que los que hemos emprendido esta cruzada contra el absurdo sistema que defienden, lo hemos hecho llevados de un deseo, aunque no del que ellos aseguran. No nos ha movido el oro, porque este puede comprar lo que se vende, pero no la convicción y el entusiasmo (*Bravo, bien.*); no la vana esperanza de un porvenir material, que no es este el camino que siguen los que le alcanzan (*Sensacion*); nuestros deseos, nuestras esperanzas son más modestas, aunque quizás más ambiciosas. Nosotros aspiramos á poder decir como Sir Roberto Peel, el gran ministro que realizó los proyectos de la liga inglesa, decia al retirarse de la agitada vida: de los negocios al tranquilo silencio de su hogar: «Yo dejo un nombre que será odiado por todos los monopolistas, pero que quizás alguna vez se pronunciará con cariñoso acento en las modestas viviendas donde residen los hombres cuya fortuna es el trabajo y que ganan el pan todos los dias con el sudor de su frente. Quizá lo repetirán con amor cuando descansen de sus fatigas; y al encontrar en su modesto hogar una familia feliz y un alimento abundante, y tanto más dulce cuanto que no les recordará la iniquidad de la legislacion, elevarán desde el fondo de su alma una oracion al Señor sus conmovidos acentos, pedirán quizás una bendicion al cielo y se vendrán en silencio á inundar de alegría mi alma.» -- HE DICHO. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

---

